

Reservados todos los derechos, para la reproducción, total o parcial de esta obra, así como la puesta en escena de la misma sin el previo consentimiento de la Autora o de la solicitud a SGAE.

[mluzdramturga@hotmail.com](mailto:mluzdramturga@hotmail.com)

[www.mariluzcruz.com](http://www.mariluzcruz.com)

## **Atrapada en el ascensor**

*(Desde y hasta...)*

M<sup>a</sup> Luz Cruz

*Mujer joven.*

Cuando llegó el ascensor a mi rellano, dentro bajaba un vecino del piso de arriba. Yo apenas conocía a ese individuo llevaba muy poco tiempo viviendo en el edificio. Era un tipo encorvado y bastante amarillento, que apestaba a colonia barata y con más gomina en el pelo que Superman. Hizo una especie de mueca para darme los buenos días. Eso debería haber sido una señal, pero de haberme imaginado lo que me esperaba en aquel ascensor habría bajado a patita, ¡y saltando los escalones de tres en tres!

Al llegar al cuarto piso se fue la luz, el ascensor dio un fuerte tirón y se paró de golpe. Yo en un acto reflejo, hice lo que cualquier persona en mi lugar hubiera hecho, agarrarme bien la cabeza para protegerla. Cagada de miedo golpeaba la puerta gritando como una posesa ¡Oigan, oigan, sáquenme de aquí, quiero salir de esta ratonera! De repente caí en la cuenta que a esas horas de la mañana el edificio está vacío. Todos los vecinos abandonamos la fortaleza para salir a trabajar. Es lo malo que tiene vivir en un edificio en el que todo son apartamentos de: solteros, separados o viudos. El único vecino que quedaba para guardar el fuerte, era un señor mayor que vive con su hija. Pero ese tampoco me podía ayudar, recordé, que además de ir en silla de ruedas era sordo como una tapia. Me moví con mucha prudencia y tropecé con el otro

ocupante. Fue entonces cuando volví en mí y recordé que no estaba sola, que estaba encerrada con aquel coco dentro del mini ascensor. Con el aliento de aquel lerdo en mi nuca, oigo que me dice, *tranquilízate que yo estoy aquí contigo*. Y para animar la cosa, añade, *yo ya he tenido dos experiencias más como esta. Y desde que se fue la luz hasta que nos sacaron pasaron más de tres horas.* (Con intención) Vamos, ahora ya podía quedarme más tranquila, estaba prisionera con el gafe del ascensor... Con la respiración entrecortada, le contesté, yo no creo que resista tanto tiempo metida en esta caja.

Y él mascullando contestó, sí, sí, ya verás esto no es nada. Te lo dice todo un experto en esto de los encierros. No sabía que decir. Tratando de controlar la respiración me arrinconé lo más lejos posible de aquel gafe. Pero después de pisar algo, sentí su mano que se acercaba a mi nariz y la siniestra voz que me decía, *toma, ¿El qué? Un caramelito de estos. ¡Si no se veía un pijo!* Con mucha cautela le dije. No, gracias, no tengo costumbre de tomar caramelos, que luego la dentadura, ya sabes... Me cortó de golpe. *¡Déjate de rollos! Te los recomiendo ¡Vamos, no te hagas de rogar y cógetelo!* Yo “desde” que los tomo tengo la garganta mucho mejor, “hasta” se me ha curado la tosecilla que tenía por las mañanas. Insistí, no, gracias. No estaba yo precisamente para caramelitos. Oye... que no te voy a envenenar... No las tenía yo todas conmigo. Era tal el miedo que sentía, que para no contradecir a aquel pelmazo tuve que tragarme ¡el caramelito de las narices! Palpando se encargó él personalmente de metérmelo en la boca. Al tiempo que me decía con voz siniestra. (*Imitando la voz*) Ya verás que bueno está. O sea, sí o sí, al final, se salió con la suya.

Saqué el móvil del bolso, ¡que alivio tener un poco de luz! Pero, ¡mierda! Casi no le quedaba batería. Cruzando los dedos marque el número de mi compañera de piso, y ¡bingo! La típica voz me recordaba que el abonado no estaba disponible y que dejase el mensaje. Aquel mamarracho, se me acerca más de lo que ya estaba, y entre lametón de dedos para quitarse el azúcar del caramelito, va y me suelta, “desde que te vi abriendo el buzón, quedé pillao de ti, me atravesaste el corazón, pero hasta ahora no había tenido la oportunidad para decírtelo. Y ahora tampoco la tenía, pero como estaba a oscuras entre cuatro paredes... Y siguió, es que...desde que entre a vivir en este edificio no he hecho amistad con nadie. Y dándome un empujón, añade. Oye... que yo

*soy un tipo muy sociable, eh... Lo que pasa es que últimamente ando ocupao con unos asuntillos... Pero mira, ahora, después de hablar contigo hasta me atrevo a hablar con ese vecino tan raro que vive en el bajo. ¡Cómo tenía el valor de llamar raro a alguien! ¿A quién te refieres? A ese que lleva un bastón. Entre lametón y lametón de dedos, me puso al corriente de su vida. ¡Toda, sin reservarse ningún capítulo para otro apagón! Volví a encender el móvil y tenía sujeta a diez centímetros de la mía y antes de empezar a marcar me pregunta, ¿Sabes si ese vecino tiene seguro? ¡Y yo que sé, no tengo ni idea! Es que como lo veo tan mal... Se mete la mano en el bolsillo y saca una tarjeta que coloca delante de la luz del móvil. Sin mucha sutileza aparto la tarjeta y le dejo caer, perdona, pero iba a llamar, creo que no es el momento para formalidades. Me dice, no, no si es la tarjeta de mi trabajo, soy agente de seguros. Pero aunque no es lo mío, trabajo en la mejor compañía que hay ahora mismo en el mercao. Si es que “desde” que ha empezao esto de la crisis hay mucha necesidad y “hasta” que no se pongan de acuerdo los políticos... Yo le seguía la corriente. Ya, claro, claro. ¿Y qué quieres que haga con la tarjeta? Que te la guardes en el bolsillo para cuando la necesites. Mira, hoy por ejemplo hubiera sido un buen día para usarla. Si tuvieras un seguro con nosotros, claro. No podía creerlo, aquel individuo trataba de sacar tajada hasta atrapado en el ascensor. Y como no teníamos nada mejor que hacer, según él, a modo de información, era un buen momento para ponerme al corriente de los novedosos productos con los que contaba la compañía. Y dichos productos, constaban, y cita textualmente, “desde” un seguro de decesos con banda de músicos vestidos con traje regional, lógicamente el traje a escoger por la familia del finado, “hasta” el más sofisticado y moderno seguro para el rey de la casa, que no era otro, que el animal de compañía de turno. ¡Con tanta cháchara estaban atacá de los nervios!*

Después de contarme todas las ventajas de su afamada compañía, le pido con mucha sutileza que se aparte un poquito, para poder respirar. Me faltaba el oxígeno. ¡Aquel egoísta se lo estaba tragando todo el solito!

Volví a marcar el número de mi amiga, sin obtener respuesta después de tres minutos en espera, ¿Sabéis lo que supone tres minutos de espera, encerrada con un demente y un móvil a punto de acabarse la batería? ¿No...? ¡Pues mejor que no lo sepáis nunca! Insisto e insisto ¡y por fin mi amiga contestó!

¡Qué alegría! Y cuando empezaba a hablar con ella, ese tarado tropezó con algo y me arreó un codazo que se tambaleo hasta el ascensor. El móvil fue directo al suelo, y un acto reflejo nos agachamos los dos ¡y zas coscorrón! El gafe, como no podía ser de otra manera, lo pisó y lo partió. ¡Lo habría matado! Pero volvió el miedo a apoderarse de mí. Cuando me lo entregó, me suelta, *toma, tu esqueleto y no te lo tomes tan apecho, que no vale la pena. Mira, yo creo, que desde que llevamos estos bichos encima hasta nos irritamos mucho más. Son como espías...* Él, sí que era un bicho raro. Desconsolada me dejé caer en el suelo, y que fuera lo que Dios quisiera.

Después de cuatro horas de encierro, por fin llegó el ejército de salvación. Que no era otro que los vecinos del edificio, a mí, me encontraron dormida con la cara toda pegajosa, lo cual dio pie a comentarios diversos... Y él tan campante. El energúmeno al despedirse gritaba *Ahora ya eres toda una experta en encierros, casi, casi como yo!*

*(Con una sonrisa de complicidad)* Desde aquel día hasta hoy ha pasado un año. El gafe, terminó siendo mi pareja.

El encorvamiento era la capucha de la sudadera, lo amarillento de su piel, la luz mortecina del ascensor, la gomina, el pelo mojado, la colonia barata, el ambientador que el presidente gratuitamente colocó en el mini ascensor, los tropezones, la bolsa de deporte. Su personalidad y su voz, fruto de mi imaginación.

Mª Luz Cruz